

La orilla donde empecé de nuevo

Sara Mesa Ortega - IES Zoco. Córdoba.

Cuando el barco alcanzó la costa de Cádiz, Amir no sabía si tenía más frío en el cuerpo que en el alma. La madrugada era tan oscura que parecía tragarse el horizonte, pero las luces del puerto brillaban como si alguien las hubiera encendido solo para él. Era la primera vez en muchos días que veía algo que no fuera mar, cielo y miedo. Las olas golpeaban suavemente los lados del barco, recordándole que, aunque ya casi había llegado, todavía no acababa de creerse que hubiera sobrevivido al viaje.

Cuando bajó, una voluntaria se acercó y le colocó una manta sobre los hombros. No entendió todo lo que decía, pero sí la intención: “tranquilo, ya estás a salvo”. Aquella frase, dicha con un tono tan cálido, fue lo más parecido a un abrazo que había sentido desde que dejó su país. Amir llevaba mucho tiempo sintiéndose como un pájaro sin nido, y de repente, alguien lo había mirado como si importara.

Los días siguientes fueron un caos de preguntas, entrevistas, papeles y salas de espera. Poco a poco, Amir descubrió que en España todo se escribía, se sellaba o se archivaba. Le hicieron análisis médicos, le tomaron datos y, finalmente, lo trasladaron a un instituto donde podría continuar sus estudios. Cuando le dijeron que iría a clase, sintió un nudo en el estómago. No sabía si sería capaz de entender algo, ni si los demás lo aceptarían. Tenía miedo de ser “el diferente”.

Pero al llegar al instituto, su miedo empezó a disiparse. Sus compañeros le hicieron preguntas con curiosidad, pero sin burlas. “¿De dónde vienes?”, “¿Qué música te gusta?”, “¿Quieres jugar al fútbol?”. Amir descubrió que, aunque su español todavía fuera torpe, podía comunicarse. Y sobre todo, descubrió que la gente tenía paciencia. Le repetían las cosas sin molestarse y celebraban cada vez que aprendía una palabra nueva. Aquello, que para otros sería insignificante, para él era un paso más hacia sentirse seguro.

Un lunes por la mañana, la tutora anunció que trabajarían los símbolos de Andalucía, porque el 4 de diciembre se celebraba el Día de la Bandera. Amir se sorprendió. No sabía que una comunidad autónoma pudiera tener símbolos tan profundos. Él estaba acostumbrado a la idea de que solo los países tenían banderas, himnos o escudos. Pero en clase aprendería que la identidad podía construirse también desde lo cercano.

El primer símbolo que conoció fue la bandera de Andalucía, con sus franjas verde, blanca y verde. A Amir le llamó la atención que el verde representará la esperanza. Él había cruzado el mar precisamente buscando eso: esperanza. El blanco simbolizaba la paz, algo que también deseaba desde hacía tiempo. Sentía que esa bandera no era solo un trozo de tela, sino una especie de mensaje dirigido a quienes necesitaban empezar de nuevo.

Después estudiaron el escudo. La profesora explicó que había un arco inspirado en estructuras antiguas, que el hombre del centro era Hércules y que los dos leones que sujetaba representaban la fuerza y la superación. Amir pensó que él también había tenido que sujetar sus propios “leones”: el miedo, la soledad, la incertidumbre. Al leer la frase en latín: “Andalucía por sí, para España y la Humanidad”, sintió que esa visión abierta encajaba con la mezcla de culturas que encontraba a diario en el instituto.

Luego escucharon el himno de Andalucía. La clase se quedó en silencio cuando empezó a sonar. Amir, aunque no entendía cada palabra, sintió la emoción de la melodía. “Andaluces, levantaos...” resonó con una fuerza tranquila que le erizó la piel. Era un himno que hablaba de dignidad, de unión, de levantarse sin odio. Cuando terminó, nadie habló durante unos segundos. Amir pensó que, aunque él no fuera andaluz, esa música le había tocado por dentro.

Unos días después, su clase hizo una excursión por el casco histórico de Cádiz. Amir caminaba mirando las fachadas blancas, los balcones llenos de flores y las calles estrechas que desembocaban de repente en el mar. Aquella mezcla de colores, olores y sonidos le resultaba nueva, pero extrañamente familiar. Había algo en Cádiz que le recordaba que la historia no era solo pasado, sino también presente.

Mientras observaban el océano desde una muralla, la profesora se acercó a él.

- ¿Qué te parece Andalucía?- le preguntó

Amir se quedó pensando.

- Es...diferente. Pero me gusta. Todo parece más tranquilo, y la gente...es buena.

Ella sonrió.

-Andalucía siempre ha sido tierra de mezcla. Fenicios, romanos, árabes...todos han dejado parte de su cultura aquí. Por eso, quien llega también puede formar parte, si lo desea.

-¿De verdad?¿Incluso yo?- preguntó él, casi en un susurro.

-Ser andaluz no es solo nacer aquí- respondió ella-. También es sentir esta tierra como un hogar.

Aquellas palabras se quedaron dando vueltas en la cabeza de Amir el resto del día. Él nunca había pensado que podría pertenecer a un sitio nuevo. Siempre había creído que su origen lo definiría para siempre. Pero esa idea, tan repetida por la profesora, empezó a abrirse paso en él como una semilla.

Esa noche, al llegar a su habitación, abrió la ventana. El viento de la costa entró fresco, con olor a sal. Sobre la mesa tenía una pequeña bandera de Andalucía que un compañero le había regalado después de clase. La tomó entre las manos. El verde y el blanco parecían más vivos bajo la luz de la lámpara.

Por primera vez, no sintió la bandera como un símbolo ajeno, sino como algo cercano. Miró el mar a lo lejos y pensó que, de alguna manera, aquella tierra le estaba ofreciendo la oportunidad de empezar de nuevo.

Cerró la ventana, guardó la bandera en su carpeta del instituto y, antes de dormir, dijo en voz baja, casi como un descubrimiento:

-Quizá...esta tierra también puede ser mi hogar.

Y al pronunciarlo, supo que era verdad.